

Crucifijo de la Diputación

Preside en el gran salón de Actos bajo dosel con fondo de terciopelo morado, que resalta más la blancura del marfil en que está tallada, la divina imagen del Salvador; va sobre cruz de ébano; los aditamentos de INRI, remate y aureola, son modernos.

La imagen mide 30 cms.; carece de llagas; tampoco tiene corona de espinas, el pie derecho monta sobre el izquierdo, con un solo clavo para ambos; tiene de vestidura un ligero paño femoral entrecruzado con pliegues lisos; muestra placidez en su rostro, con ritmo tranquilo en los movimientos, sin espasmos dolorosos ni dramáticas expresiones; la anatomía de su Divino cuerpo es perfecta y normalmente conformada al modelo clásico, de gran belleza y máxima perfección humana.

Sin desgajamientos, sin violencias de exageradas anatomías, diríase que en un ambiente de plena quietud y placidez serena, ha querido el artista hacer con su obra la representación de Nuestro Señor en la cruz con la perfecta belleza y supremo espíritu que corresponden a su condición divina, llegando en su sentimiento de piedad a no querer teñir de sangre las huellas de los clavos con que el Hijo de Dios fué cruelmente taladrado.

Ni siquiera se atreve el artista a punzar su Divino costado con la huella de la lanzada, sino que le representa vivo y con la cabeza vuelta al lado derecho, la barba rizada, los cabellos entrelazados y sueltos, los labios entreabiertos parecen balbucir sus últimas palabras en el momento que con sus ojos levantados al cielo se ofrece al Eterno Padre encomendando en sus manos su espíritu, mientras los dedos finos de sus manos parecen seguir bendiciendo desde los brazos de la cruz.

Ante estas consideraciones que sugiere la contemplación de tan bella imagen, no resulta aventurado suponer que nos hallamos ante la obra de un maestro del arte italiano en la esplendidez de su época renacentista.

A. T. M.